

Alberto Ghirardo

Toledo

SU HISTORIA Y SU LEYENDA

I



TODO el mundo sabe que Galdós es el autor de *Angel Guerra*, esa novela del misticismo español, que hubiera bastado para inmortalizar a su autor en tierras de cristianos, si en su cantera no existieran vetas de metal tan puro como para llenar las arcas literarias de toda una época.

Todo el mundo sabe que *Angel Guerra*, la novela del misticismo español tiene por escenario el de la antigua metrópoli, esa que, según el mismo Galdós, «por una tradición en cierto modo irrisoria, se llama todavía la ciudad imperial».

Todo el mundo sabe que ese escenario, vale decir, el ambiente de la novela fué reflejado por Galdós con el arte supremo con que él supo trasladar a sus páginas la vida y las costumbres de su pueblo.

Todo el mundo sabe que Galdós, sólo por el motivo apuntado, es merecedor al homenaje de Toledo, proyectado por varios ciudadanos españoles y que ya tarda en realizarse; pero lo que todo el mundo no sabe es que don Benito Pérez Galdós es el autor de un estudio admirable que, con el título de *Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo*, después de aparecer

fragmentariamente en una antigua revista, que hoy no existe, ha permanecido *inédito*, aunque completado por el maestro en cuyo archivo hemos tenido nosotros la fortuna de encontrarlo, tal como se ha publicado definitivamente en el volumen VIII de sus *Obras inéditas*.

Aunque obra de juventud, *Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo* reúne todas las cualidades del gran escritor, que, llevado por sus inclinaciones a las bellas artes, especialmente a la pintura, hizo estudios detenidos, puestos de relieve en el trabajo literario que nos ocupa.

Nada más oportuno, pues, que la publicación de estas páginas, organizadas en libro—el libro de *Toledo* escrito por Galdós—, en precisos momentos en que con justicia, retardada por cierto, ya que otros escritores sin tantos méritos para ello la alcanzaron, pero justicia al fin, se piensa seriamente en que la más famosa de las ciudades bañadas por el Tajo rinda al gran novelista que con tanto amor se ocupó de ella, el homenaje de su reconocimiento y de su admiración.

II

Es el *Toledo* de Galdós uno de esos libros sugestivos, personales, llenos de un interés excepcional, que nos ponen directamente al habla con un alto y selecto espíritu. Nada más expresivo, dentro de la literatura galdosiana, que la impresión dada en las primeras páginas de *Toledo*. Ella es el reflejo verdadero de lo que siente un alma moderna frente a una de estas ciudades levantadas por la estrategia de la Edad Media, esa estrategia que buscaba, según frase del mismo maestro, las fortalezas naturales, donde se encastillaban las pasadas generaciones, obligadas por los odios y las discordias de aquellos tiempos.

Después de la magnífica introducción a que hacemos referencia, comienza el estudio o *reseña*, como Galdós lo llama, con

la época de la dominación de Roma, la más antigua de que quedan vestigios en España.

Sonríe Galdós, con esa su peculiar sonrisa que conocemos, de los historiadores, que, en lo que respecta a Toledo, le dan unos por padre al rey Tartus, otros a Pirro, no faltando quien atribuya su fundación a la *venida de los griegos por la vía de Inglaterra*; y llama a todo esto pedantería propia del siglo XVII, «el siglo de las hipérboles y de las cultas tonterías».

La primera *capa*, o sea la primera generación que examina, es la visigoda, durante los siglos V al VIII, y para ello, o sea para reconstruir el pasado, tiene el autor que destruir con la imaginación todo lo existente, vale decir, las obras sucesivas de once siglos, los siglos fabulosos de Viterico, de Sisebuto y de Vamba. Aquí mezcla Galdós la historia y la leyenda con ese arte especial, con ese interés que ha sabido dar a todos sus trabajos este escritor extraordinario.

El emporio de las letras que fué Toledo, el teatro donde brillaron todos los esplendores del Renacimiento, surge a nuestras miradas, evocado por la pluma de Galdós, con la riqueza magnífica de un escenario que tiene por coronamiento la imponente fachada del Alcázar, «masa de piedra colocada más alta que la ciudad», «con los cimientos enclavados en las entrañas de la roca», y de cuya explanada se descubre «un paisaje inmenso limitado por el más amplio horizonte», siendo tal su disposición, «que el que sube a sus galerías y se asoma a sus balcones cree tener a toda España postrada a sus pies».

Como afirma muy bien Galdós, es Toledo una historia de España completa, la historia de España visigoda, de los cuatro siglos de dominación sarracena en el centro de la Península, del viejo reino de Castilla y de León, de la vasta monarquía fundada por los Reyes Católicos y, por último, de ese gran siglo XVI, que es el siglo español. Toledo recibió el depósito de cultura que los árabes y los judíos dejaron en la Península; presenció los mejores tiempos de la dominación sarracena; fué testigo de las más grandes

empresas de la Reconquista, viendo antes desarrollarse y corromperse el imperio de los visigodos. Además, en ella residieron casi todos los reyes castellanos, y tuvo al pueblo y a la nobleza reunidos en Cortes, como antes tuvo al clero y a los reyes, legislando juntos en sus célebres Concilios, prelados y magnates, en cuyas manos estaban los asuntos de la política y de la religión.

Es, pues, Toledo el mejor de los libros, agrega Galdós; pero leer ese libro es muy difícil. Para ello, más bien dicho, para descifrarlo, establece Galdós una división, adoptando un sistema que llama de *capas arquitectónicas*, para expresar las justas posiciones de las distintas épocas que se han sobrepuesto o se han reemplazado unas a otras. Y como las antigüedades no pueden hacerse agradables a los ojos de la multitud si se las estudia con un criterio frío y exactamente razonado, prefiere Galdós, dando con ello las primeras muestras de su criterio estético, dejar, junto a la inscripción erudita de esas honrosas piedras, las que la imaginación lee en ellas, las que transmite y perpetúa el pueblo, sin usar ninguna clase de caracteres, y entonces, muy acertadamente, no vacila en aprovechar para realizar su propósito de las antigüedades toledanas, «tanto las verdades referidas por la historia, como las hermosas mentiras que cuenta la gente de aquel pueblo señalando sus interesantes escombros».

Y es, precisamente, en esta mezcla de la leyenda con la historia, donde reside el encanto principal de este hermoso libro, en que al lado de la enseñanza estética, tan sabiamente expuesta por el autor, encontramos el deleite imaginativo presentado por los portentosos sucesos que han dado pie a la tradición y a la fábula, tales como los de *El Cristo de la Luz* y *El baño de la Cava*, o las escenas de las crueldades de Vitiza y de las crápulas de Rodrigo, y tantas otras que, corriendo de boca en boca a través de cien generaciones, han dado pábulo a una especial literatura de índole popular, base, origen y precursora de la época romántica en que descollaron poetas y escritores españoles de universal renombre.

III

La segunda generación artística, o sea la correspondiente a la segunda *capa arquitectónica*, según la denominación galdosiana, comienza el año 712, cuando Tarik sorprende a Toledo con sus huestes.

Para comprender bien, dice Galdós, hagamos lo que hicieron los moros: derribarlo todo, templos, palacios, murallas. Y entonces, al conjuro de la pluma maravillosa, vemos caer, abatidos, los vastos edificios de Vamba y Rodrigo, para dejar el sitio a otros nuevos, y la antigua basílica se adorna con la decoración oriental, aprendida por los dominadores en Persia y en Bizancio, hasta el siglo X, en que esa segunda *capa* se ha formado por completo, dejando escasísimos rastros de la primera. Y siguen las *difíciles y peligrosas*, pero interesantísimas, restauraciones imaginarias, para llegar al palacio de las *Tornerías* y al del *Temple*, «apartando las casuchas que los obstruyen, ocupándolos en parte, tapiándolos, oscureciéndolos, estrechándolos en un laberinto de paredes mugrientas, donde habitan hoy enjambres de mendigos que se reparten los harapos de aquella púrpura destrozada».

Por este procedimiento, nos lleva Galdós junto a San Miguel el Alto, donde descubre «lo que resta de estos opulentos palacios», examina el famoso Cristo de la Luz, «iglesia tan insignificante en su parte exterior, que apenas se distingue de las vulgares casas que la rodean», pero habiendo sido en su interior «un verdadero recinto de encantamiento, un pequeño laberinto desarrollado en las tres dimensiones, algo de rompecabezas, un juguete ingenioso para dar tortura al entendimiento, una sencillísima forma que viene a ser, por la combinación de sus líneas, la más complicada y múltiple»; pasa en seguida a los palacios de Galiana, «sitio relacionado con una aventura caballeresca, que nos obliga a no separar el edificio del cuento», lo que le da pie

al autor para escribir una bellísima página, en que aparece con toda su importancia poética la hermosa hija de Galafre, el héroe del Romancero; para llegar a la época de Alimainón, «la más floreciente para la ciudad durante los trescientos setenta años que estuvo en poder de los moros», y a cuya Corte fué Alfonso VI, el famoso Rey, conocido en la historia por *el de la mano horadada*, que había de conquistar a Toledo y cuya leyenda explica; retrocede un poco para, en compañía del rey moro y su ilustre huésped, hacer una visita a las «estupendas murallas y las fortísimas puertas», empezando por la del Sol, monumento que indica «una tentativa de los artistas árabes para llegar al completo dominio del estilo que le es peculiar», siguiendo por la de Visagra, la única quizá «que se ve intacta desde los tiempos del reino musulmán»; la de Almaguera, «hoy tapiada»; el torreón de los Abades, la de los Hierros, la de Doce Cantos, la de Alcántara famosa, desde donde se desvía del Tajo la línea de fortificaciones para dirigirse de oriente a occidente, hasta debajo del Miradero, donde está la puerta de Perpiñán, desde la que describiendo un ancho círculo, «va a unirse a la puerta de Visagra, desde donde partimos». Y es, dentro de este vasto recinto, en el que encontramos «las calles absurdas, las casas sombrías», «aglomeración confusa en que se destacan las altas paredes de los palacios y las torres de las mezquitas», donde Galdós inicia la admirable descripción de una época en que «bulle y se agita un pueblo que a su paso por la tierra de España dejó muestras admirables de su elevado espíritu», ese pueblo al que «apenas le han permitido entregarse a las contemplaciones propias de su exaltado temperamento las continuas luchas de sus reyezuelos», que «parece según se agita, no sentirse dueño de la tierra que pisa, ni de aquel laberinto de habitaciones y callejuelas, formadas como para ocultarse a sus propias miradas», y que, después de varios siglos de dominación, siente en el suelo de sus triunfos «las pisadas de los caballos castellanos, que ya rodean el Pi-

suerga, pasan el Guadarrama y se extienden por la gran cuenca del Tajo, hasta que en un día de mayo del año 1085, mudo de ansiedad y sobresalto, ve brillar las armaduras de los astures y leoneses y elevarse en el horizonte el polvo que levantan las tropas del gran Alfonso VI, el Rey cristiano, que da el primer golpe de muerte a la dominación musulmana». Pero esto corresponde a un orden puramente político, porque, como afirma Galdós, el período secundario de los monumentos de Toledo, lejos de concluir con la victoria de Alfonso, principia a contemplarse entonces y a tomar el carácter propio que lo lleva después a su más glorioso apogeo.

Refiere aquí Galdós la lucha religiosa, lucha llena de peripecias y sugestiones, en que actúan, directamente y como principales protagonistas, la esposa del rey Alfonso, doña Constanza, y el arzobispo don Bernardo. Aliados ambos, en ausencia del rey, concibieron el proyecto de reconquistar la mezquita para el culto cristiano, a pesar del juramento de Alfonso, que ellos resolvieron quebrantar. Este hecho, muy significativo, da ocasión a Galdós para hacer la trascendental advertencia siguiente: «El primer acto de intolerancia religiosa, que tanto nos echan en cara los extranjeros, y a veces con razón, fué cometido por dos franceses, por una reina devota y por un fraile terco».

Durante el reinado de Alfonso VI se empezó a construir el Alcázar, se repararon los muros de la línea de tierra, adquiriendo nuevo brillo la ilustre ciudad con otros curiosos monumentos, tales como el castillo de San Servando, que llegó a ser defensa y principal baluarte de la ciudad contra la morisma.

A propósito de Santa María la Blanca, la célebre sinagoga israelita, encontramos en este libro apreciaciones llenas de simpatía y justicia para el arte que la creara y que entra con ella en el período de su apogeo.

IV

Y hemos llegado al siglo XIII. Un desconocido, un hombre obscuro y genial, aparece en escena y es su figura, realzada por la fuerza y la voluntad, la que inspira a Galdós uno de los mejores capítulos de su *Toledo*, el dedicado a Pedro Pérez, el gran constructor, que derriba la antigua mezquita para echar en su lugar los cimientos de los ochenta y ocho pilares destinados a sostener la después famosa catedral, petrificación formidable de la fe católica. Aparece aquí la influencia del arte cristiano en el musulmán, influencia que adquiere forma decisiva con la sinagoga del tránsito, o San Benito, como hoy se llama, obra del siglo XIV y «la mejor muestra del lujo que entonces imperaba y de la esplendidez con que se realizaba toda clase de obras». Es a fines de este siglo cuando la arquitectura gótica adquiere una fuerza extraordinaria, hasta que el Renacimiento, apoderándose de toda España, inicia otra transformación. Entre tanto, la catedral «va desarrollando poco a poco su inmenso panorama interior, y unas tras otras las cinco naves van llegando a sus límites, agrandándose cada vez más». La descripción de este proceso arquitectónico es hecha por Galdós en grandes pero seguros trazos, hasta la fecha del descubrimiento de América, bajo los Reyes Católicos, en que se cierran las últimas bóvedas de la catedral, y la obra, en su parte fundamental, puede darse por terminada.

Al acercarse el siglo XVI, el arte monumental, como afirma Galdós, entra en el período de su decadencia, al mismo tiempo que la sociedad experimenta una de las más notables crisis registradas en todas las épocas. Observa Galdós que cuando se verifica esa grande evolución en la humanidad, la arquitectura gótica expira; pero expira después de hacer un último esfuerzo en su postrera eflorescencia, después de dar su más hermoso desarrollo, siendo el claustro de San Juan de los Reyes el que pre-

senta esta «última faz de aquel estilo prodigioso, lleno de variedad y armonía como la Naturaleza».

Cesa entonces el imperio de la piedra y empiezan a florecer las artes del Renacimiento. A este respecto dice Galdós: «El arte ojival, que aun conserva alguna vitalidad, después del período terciario o florido, se resuelve en el retablo, que es una transición. Con esas escuálidas figuras y esos *estofados* de oro, creados por un pincel tímido aun y un buril sumamente delicado, acaba el gran arte y aparecen los gérmenes de otro nuevo». Estamos en los umbrales del siglo XVI. Aparece Berruguete. Vuelve de Italia donde ha trabajado con Miguel Angel, a quien se asemeja por «la voluntad poderosa, la fecundidad, la exteriorización del ideal en formas colosales, la grandeza de ideas, la universalidad de conocimientos, la rudeza de carácter, la fuerte constitución corporal y ese entusiasmo exclusivo por su arte, ese amor llevado al fanatismo, que da un sello viril a todas sus obras y que, difundido a los discípulos, tiene fuerza bastante para crear esa raza de artistas que vieron Italia y España en aquella centuria».

Pasando por el reinado efímero del período plateresco, comienza la total decadencia de las artes. La piedra ha huído ya para siempre, constata Galdós, iniciándose el período de esas iglesias de ladrillos, de que ha plagado a España el petulante y devoto siglo XVII. Con el hospital de Tavera, ornado con el admirable sepulcro de su fundador, obra maestra de Berruguete, concluye ese período arquitectónico.

Sobre la era religiosa aparece la civil, surgiendo entonces los hospitales, los asilos y las casas de expósitos. La raza de los templos colosales ha concluído, dice Galdós con frase gráfica, y aunque los reyes y magnates han cogido para sí la parte principal del arte, siempre queda algo para el pueblo.

Con la muerte de la arquitectura coincidió el desarrollo de otro arte «igualmente importante», producto de una época de más refinadas costumbres, de más erudición y mejor criterio: la pin-

tura. Este arte, agrega Galdós, que tiene por edad de oro en España el siglo que media entre Pablo de Céspedes y Claudio Coello, tuvo en Toledo su escuela, alimentada por el pedido de los conventos y la devoción de los grandes. Como es sabido, en el siglo XV, otro Berruguete cultivó con éxito la pintura, destacándose como divulgador del estilo de Florencia. Pero la nota nacional en pintura, la españolización digámoslo así, de este arte, debía corresponder a un *extranjero*, a quien estaba deparada la gloria de resucitarlo cuando, al acercarse el siglo XVI, aquel daba ya pálidos destellos en Italia, con los boloñeses y los últimos venecianos. Este artista de genio llámase en el mundo del arte el *Greco*. En todas las épocas, desde que hace su aparición, como a todos los grandes, se le eleva a las nubes o se le niega en absoluto. Su fuerza enorme lo salva siempre. Galdós reconoce su genio, y aunque le pone reparos, observa en él estas cualidades: inventiva inagotable, gran facilidad para componer, mano segura para el dibujo y *á veces* empleo exacto y justo del color y los tonos.

A pesar de no ocultársele a Galdós las *bellezās de primer orden*, que encierran las obras del *Greco* y sus principales discípulos, Tristán, Orrente y Maino, que forman escuela, cree que Toledo no puede apropiarse la generación completa de la pintura española, la que no fué un arte nacional y verdaderamente característico hasta que los andaluces le infundieron su genio y le pusieron su sello inmortal.

• • •

Con el retrato de la gran figura del *Greco* puede decirse que, desde el punto de vista puramente artístico, termina el libro motivador de esta exégesis, puesto que las páginas finales son sólo una acusación terrible contra el siglo XVII, documento político lleno de bríos juveniles, admirable por su acometividad y que si ha de producir aun escozor a muchas caparazones *cavernarias*, tendrá indudablemente, en cambio, la adhesión entusiástica de todos los espíritus modernos.